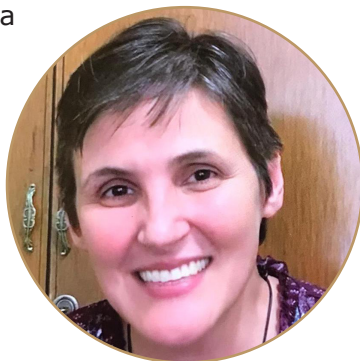


Tal vez, justo en esta antesala de la II Asamblea del Sínodo de la Sinodalidad y del Jubileo de la Esperanza, nos hace bien dejar resonar este texto de Eduardo Galeano.

"... para mí la esperanza es una cosa que tengo cuando me despierto, que pierdo en el desayuno, que recupero cuando recibo el sol en la calle y que después de caminar un rato se me vuelve a caer por algún agujero del bolsillo. Y me digo: ¿Dónde quedó la esperanza? Y la busco y no la encuentro. Y entonces, aguzando el oído, la escucho ahí, croando como un sapito minúsculo, llamándome desde los pastos.



La tengo, la vuelvo a perder. A veces duermo con ella y a veces duermo solo. Pero yo nunca tuve una esperanza de receta, comprada en una tienda de corte y confección, una esperanza dogmática. Es una esperanza viva y, por lo tanto, no sólo está a salvo de la duda, sino que se alimenta de la duda"¹.

La espiritualidad que centra y unifica nuestra vida, tiene un carácter dinámico e histórico. Creemos en los itinerarios pascuales y nos aferramos a la vida como la opción; la única que creemos posible, justo en tiempos de minoridad. Y no es un falso triunfalismo y mucho menos un exceso de ingenuidad, es la experiencia de que la muerte no es lo definitivo y que las trincheras en las que se acorralan los escépticos, los pesimistas y los pregoneros de lamentaciones, no hacen parte de la ruta que deseamos transitar.

Lo nuestro, lo propio de la Vida Religiosa, es el estallido de la Resurrección y no por una sobredosis de optimismo, sino porque nos habita la fuerza de la vida, la certeza de la Pascua. Nuestro Dios es el eterno Creador, no para de crear y cuenta con nosotras/os como co-creadores. Él se encarnó, aconteció en nuestra historia y desde entonces, esa experiencia nos pone de cara a la exigencia de que la fe este unida a la vida y se constituye en un estímulo para la acción. Nuestro Dios encarnado, pleno de humanidad; nuestro Dios Resucitado, revestido de divinidad y cubierto de heridas, acontece como el relato creíble, como la Palabra que puede poblar a la

¹ Galeano E. (1993). Diario "La República". Montevideo. Citado en el libro "¿De qué hablamos cuando hablamos de Winnicott?"

Vida Religiosa de esperanza... Él, la razón de la esperanza y en Él y a su estilo, surge un despliegue de posibilidades.

Contemplar a Jesús, poner la mirada fija en Él, nos conduce a un estilo de ser y de estar en el mundo. Vamos por la vida revestidos de esperanza, configurados por ella y eso se traduce en gestos, en opciones, en modos. El modo de Jesús. Ese que se bebe en el Evangelio, saboreando la Palabra, contemplando la Persona de Jesús y escudriñando en la historia, en la realidad y entre los pobres, sus rasgos.

Contemplar a Dios en la vida, en la nuestra, en la de nuestro mundo y nuestra Iglesia, no nos exime de las heridas, esas son las marcas que aparecen como consecuencia de existir y de peregrinar; pero contemplarlo nos ubica en la lógica de la esperanza.

Las/os consagradas/os ubicadas/os en esos rincones geográficos y existenciales en los que desarrollamos nuestra misión, estamos llamados a ser los tercetos guardianes de la esperanza. El papa Francisco nos ha recordado en la Carta al Pueblo de Dios, de octubre del año pasado, que estamos convidados a ser los "Centinelas de la esperanza".

Una Vida Religiosa habitada por la esperanza, configurada por la esperanza, es la que se sitúa en el lugar de la humildad y desde allí escucha para desentrañar todo lo que debe transformar para ser significativa y evangélica. Es la que cree en el valor de lo germinal y en la que se tiende naturalmente a humanizar, trascendiendo modos de proceder y formas institucionales; es la que permite que entre aire fresco, la que no encasilla a las Nuevas Generaciones en moldes estrechos y heredados, sino que les permite reconocer su propio don y crecer al ritmo del Espíritu; es la que se sitúa más allá de los límites de lo establecido, la que supera su actitud de vigía de tradiciones y se mueve al ritmo de la flexibilidad que trae consigo escuchar muy de mañana a su Dios y dejarse conducir por Él, por senderos inéditos.

Es evidente que estamos justo en el conticinio, en ese momento de la noche en el que todo está en absoluto silencio, como esperando que resuene la Palabra, esa capaz de fecundar, de conferir sentido y misión, de señalar el rumbo y dar gozo al ser. E inmersos en la espesura de la noche, podemos expresarnos en toda la belleza, la plenitud y la autenticidad.

Hoy somos más frágiles, más pequeños, estamos más heridos y limitados, tenemos menos trincheras y seguridades y, por tanto, somos más aptos

para posar el corazón en lo fundamental y para que con humilde osadía, podamos recrearnos en el Espíritu de Dios, capaz de hacer nuevas todas las cosas.

En este momento de la Vida Religiosa, en esta noche prolongada, sólo la centralidad en Jesucristo nos devolverá nuestra identidad. Lo que está en juego es la necesaria reforma, esa que surge del accionar de Dios en las entrañas de la historia. "He aquí que yo hago todo nuevo. ¿no lo notan?"². Estamos convocados a la necesaria conversión que tiene su origen, en la escucha fiel a Dios y a la realidad, la escucha como la condición para la transformación.

Quisiera concluir, agradeciendo a quienes han colaborado, con la profundidad de su palabra y de su reflexión, para darle forma a esta Revista, que nos ubica en modo Jubileo y nos conduce ya a peregrinar como "Centinelas de la esperanza".

Hace muchos años, resonó en mi interior un poema muy corto: "Te vi, supe que eras Tú, porque a tu paso, renacía la esperanza".

La esperanza es un acto de osadía; despertemos, abramos los ojos, con mirada contemplativa transformemos el corazón y con nuestro compromiso cotidiano, tierno y humilde, hagamos posible que renazca la esperanza.

Liliana Franco Echeverri, ODN

² Is. 43,19.